



DIEZ MILANOS NEGROS

Ricardo SALABERRIA OLAIZOLA

Al mediodía. Paitto está un poco enfadado. Mientras espera impaciente a que le sirvan la comida, sentado a la mesa, se ha engullido las dos tetinas de una barra de pan. Murmura: (— Dirán que si soy un egoistón por haberme comido los “koxkorros”,... pero, el padre es el padre. Ellos sí que son egoístas, ¡los chavales!, que no respetan la hora más sagrada del día—.)

- ¿Qué, Maite? ¿Comemos?
- Vamos a esperarles un poco... No sé.
- Yo me muero de hambre...
- Pues tampoco es cosa de que te mueras. ¡Vamos! Ya llegarán cuando quieran. Son mayorcitos para que respeten la marcha de esta casa.

Se abre el cielo de las calorías. Paitto mete la cuchara en el espeso plato de alubias. Aparta la morcilla y el chorizo (lo mejor para el final), y barrena entre las de Tolosa, las negras. Echa un trago de vino y se relame.

— Están riquísimas. ¿Son las que yo cociné y luego congelaste?

— No, guapo, estas alubias las aliñé yo, la tonta.

¡Qué picajoso eres! Yo también tengo buena mano para la cocina. “Sé gobernar”, como decía tu madre.

— Perdona, chica. Mi enhorabuena: estas alubias reaniman a un muerto. ¡Ah!... los mencioné. ¿Has visto unos frascos de cristal y la caja de cubertería llenos de huesos y cartílagos? ¿Quién los colecciona?

— Martín, el mayor, el “enterrador”. Me trae de náusea en basca con los animales muertos. Si yo te contara...; pero, no, que estamos comiendo.

— ¿Qué ocurre? ¿Alguna cochinateda de ese “perturbas”?

— ¡Me entran ganas de vomitar con sólo recordarlo!

— ¡Mujer! En dos palabras...

—... fui a quitar las hortensias viejas de las jardineras del balcón, y, al remover la tierra para que se oxigenara... ¡uf!

salieron a la luz cientos de gusanos blancos. ¡los de las tumbras! ¡Cómo se movían! ¡Qué asco! Martín habrá enterrado algún animal pequeño, digo yo...

En ese instante irrumpen en la casa los dos hijos de Maite y Paitto; chavales, de diecisiete y dieciséis años, que llegan con caras de lobo, hambre de lobo y maneras de lobo. Dejan los macutos y se sientan a comer.

— Al menos, se dice: ¡Hola!—, les recrimina Paitto, que ya fuma un cigarrillo tras la alubiada y el café.

— ¿Dónde habéis andado?, —pregunta Maite, mientras se afana con los de la segunda remesa.

— ¡Una aventura!

Los chavales engullen, sin mirar a los lados, y beben agua y más agua en vasos rebosantes.

— A la mañana hemos estado en Jaizkibel, estudiando algo de botánica, y al bajar hacia el pueblo, encajonados entre pinos y zarzas, junto a un riachuelo nos hemos topado con un milano negro, malherido en un ala y recostado en una piedra. ¡Algún salvaje le ha disparado una perdigonada! Debíamos salvarlo... Sólo quedan cinco parejas de milanos negros en estos parajes. Tapándole la cabeza, con cuidado, le hemos sujetado, y le hemos trasladado a una clínica veterinaria de Hendaya en el coche de un profesor.

— ¿Habéis ingresado al herido?—, apunta Paitto, mosqueado.

— Claro, para curarlo y cuidarlo durante unos días con antibióticos, vitamina K, y, seguramente le entablillarán.

Los chavales contestan a dúo, mientras registran el fruto y trocean queso. Paitto mueve los ojos, multiplicando y sumando cifras volátiles, y se atreve a decir, casi sin fuerza:

— Pero... la minuta del veterinario me puede costar un brazo y una pierna... ¿No lo comprendéis? Yo soy el primer ANIMAL.

— No, aita, no te “acirueles”. El veterinario es un ecologista y atiende gratuitamente cuantos animales, heridos o enfermos, encontramos en nuestras correrías por el monte y las rocas, ¡Altruista!

— Bueno, bueno, menos mal. Habría que establecer una Seguridad Social para animales y plantas... Por cierto, me ha dicho la amatxo: “¡lo de la jardinera”. ¡Ecologista!

— ¡Ah! No os asustéis. Se está creando un ciclo biológico completo: gusanos-larvas-moscas, las cuales volarán en un par de semanas y servirán de alimento a un pájaro insectívoro como el enterrado: un papamoscas cerrojillo.

— Pareces Hamlet, cuando dice:... “y nos engordamos a nosotros mismos para cebar a los gusanos”.

A Martín le importa un bledo la cita literaria y sigue explicando:

—... luego recogeré los huesecillos mondos y los recompondré con pegamento, para ordenarlos y guardarlos junto a los otros restos. Dentro de pocos años, si las cosas siguen como hasta ahora, de muchos animales quizás no queden más que los huesos y cuatro fotos o grabados. ¡Exposición de animales desaparecidos, exterminados por el hombre y sus mierdas, pasen y vean! Por la misma razón recaudatoria hacemos censos de aves, de zorros,... de lo que sea vivo; para conocer cuáles están en trance de extinción o cuáles se recuperan o estabilizan. ¿A vosotros no os enseñaron estas cosas biológicas, aita?

— Pues, no, en verdad. Yo nací “allá por el año del hambre”, con la primera lección de biología mal aprendida: ALIMENTACION.

Paitto enmudece y fija los ojos en la televisión encendida. Por su cerebro empiezan a cruzar gaviotas, buitres, zarapitos, correlimos, gargetas, milanos, “diez milanos” (cinco parejas “por estos parajes” = 10). Algunas aves, muy planeadoras, en vuelo rasante, remueven los pelos de su cabeza, airean su nariz... se amodorra y duerme la siesta.

* * *

“E sogno? O realtà... Due rami enormi crescon sulla mia testa... —canta el Falstaff verdiano. Siento que me crecen unas alitas en los omoplatos, como a los angelotes del barroco. Me gustaría tener unas alas como el buitre leonado y planear, planear,... buscando alimento. Conocer la clasificación nominal de todas las aves —en latín, euskera y español—; dormir en una habitación con las paredes cubiertas de láminas de búhos reales, cárabos y lechuzas, aves de la sabiduría y de las tinieblas; aprender a identificar a las aves por sus sonidos ululantes, trinos, pitidos y chirridos... Arrestar a todos los que colocan “gakotxas” entre la nieve, ese artilugio criminal para cazar a unas aves hambrientas, que ven un grano o un insecto sobre la nieve y al engullirlo se tragan un anzuelo que los desangrará y asfixiará en lenta agonía. ¡Malditos!

Pero, ¿será posible?... Cuatro parejas de patos Eider han recalado en la Ría del Bidasoa. Se han aproximado desde el Norte de Europa. Eso quiere decir que la prohibición de cazarlos, para conseguir su plumaje suavísimo, ha sido eficaz y se multiplican. ¿Y ese pescador del espigón que le pega un estacazo a un pato? ¡Animal! ¡Que te pego, leche, que te pego...!”

* * *

Paitto despierta sobresaltado. Alguien grita a su lado y hace planes por él.

— Aita, mañana por la tarde contamos con tu coche para recoger al milano negro y soltarlo en la Peña de Aya.

Paitto, disgustado con el encargo, remolonea:

— Es que... creo que tengo que cambiar el aceite al coche. Además, el milano me puede dejar sin un ojo de un picotazo. ¿No recordáis el gallo “Tenorio” del cuento de Castelao?

— ¿Qué dices? Ni que fuera el Sacamantecas. Tú conduce, que nosotros nos haremos cargo del bicho. ¡Cagueta!

Marchan a Hendaya; recogen la preciosa ave en la clínica del amigo veterinario, la colocan con todos los miramientos del mundo en una caja de cartón y se vuelven hacia Irún.

El milano, encerrado, asustado, apenas se mueve.

Tras el coche de Paitto van, casi en procesión, otros dos o tres coches con amigos de los chavales, que no quieren perderse el espectáculo de la devolución de la rapaz a la natura libre. Suben al Alto de Erlaitz, desde donde casi se acarician las testas pardas y graníticas de la Peña de Aya. Martín, con mucha unción, saca del coche la caja-jaula improvisada. Parece que le susurra al animal. Se va formando un semicírculo amplio con los espectadores: un cromlech humano, abierto al horizonte brumoso. Una joven rubia filma la escena con una cámara portátil. Mientras Martín y Josemari eligen una ladera en el espacio más abierto del bosque, tratando de evitar los cables de alta tensión.

Escudriñan el cielo y deciden que es el lugar adecuado para la suelta de aquella rapaz. Abren con cuidado la caja. El milano queda algo deslumbrado. Da un pequeño salto y se posa en el borde de la caja. Toma los vientos, gira la cabeza un par de veces y con dos soberbios aletazos se dispara al aire. Queda cernido unos instantes sobre el grupo de salvadores, pasa y repasa sobre sus cabezas con un vuelo lineal y se pierde en la fragosidad del monte. Reina un silencio espeso en el Pirineo...

En esos momentos Paitto cree ver en las bocas oscuras de las minas de Arditurri unos gnomos euskaldunes, redondos y grandullones, que festejan y brincan por la liberación de una amiga ancestral. Se esconden al instante. Por el Valle, hacia Rentería, permanece el eco —Oiartzun— de sus “ujús-ujús-ujús”...